

El referente histórico chileno en *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño

Pablo BERCHENKO

En *Nocturno de Chile*¹ Roberto Bolaño crea una novela en clave en que junto a la ficción pone en escena personajes, acontecimientos y espacios reales disfrazados por el autor. El escritor delega el conjunto de su texto en un solo personaje-narrador. Este es un sacerdote, poeta y crítico literario que convoca a través de sus propios recuerdos –o los recuerdos de personajes secundarios, cuya palabra recupera– todo el universo novelado. La voz narrativa introduce referentes culturales, espacios, tiempos y acontecimientos que están, aparentemente, desconectados de la experiencia privada del narrador homodiegético el cual propone un relato vacilante, voluntariamente mutilado, reticente, alusivo. Este narrador básico se siente al borde de la muerte e, inducido por los efectos de la fiebre, confunde en su memoria realidades y alucinaciones, personas y acontecimientos. No obstante el protagonista-narrador, a pesar de su crisis individual o, justamente por su propia crisis, es alguien que llega a realizar seguras síntesis históricas y, a veces, contextualizaciones de gran precisión. Así, la deambulante ficción bolañesca es centrada y recentrada constantemente en la mutación de la sociedad chilena entre fines de los años 1950 y el 2000.

Los paratextos, –título de la obra², la ilustración de la portada³, la primera solapilla y la fecha de edición– resultan elementos referenciales que aluden, de un modo u otro, al contexto nacional del autor. Las historias secundarias, aparentemente desconectadas del relato central, la

-
1. *Nocturno de Chile*, Barcelona, Anagrama, Col. “Narrativas hispánicas”, n° 293, 2000. Todas las citas entre paréntesis van por esta edición.
 2. El término *nocturno* evoca, espontáneamente, una obra musical. Bajo la influencia del romanticismo, el término *nocturno* sugiere la obra para un solo instrumento, el piano, como una sola voz. Composición de carácter melancólico y patético que anuncia el tono de la ficción bolañesca, en la que sólo una voz es portadora de la novela. Pero, por otro lado, el término *nocturno*, enlazado por la preposición *de* al sustantivo *Chile*, remite a la historia del espacio político-cultural de la época que sirve de trasfondo a la ficción. Época en que el país cae en la “larga noche” de la dictadura, fenómeno conocido en el terreno intelectual como el “apagón cultural”. Por ello la estructura misma del texto es asfixiante. Un texto que es un bloque, con un solo punto aparte, sin párrafos, sin diálogo en estilo directo, sin partes, capítulos o secuencias. Un texto que sugiere la circunstancia que vive el país en su pétrea nocturnidad.
 3. Esta es un detalle de la pintura de Michael Sowa, de 1988. La imagen, que se encuentra, justamente, bajo el título de la obra, a pesar de ser sorprendente por su temática, es igualmente sugerente. En una frágil embarcación, en medio de la tormenta y bajo un cielo cerrado cuatro perros policiales navegan solitarios en un mar proceloso. Los perros, de raza pastor alemán, evocan al sabueso, instrumento de ataque, rastreo y persecución. Las fauces abiertas, las lengua colgantes, los colmillos refuerzan esta impresión amenazante y –al mismo tiempo– desvalida de la imagen examinada. Los canes de esta raza sugieren, por un lado, el opresivo universo nazi. Por otro, la imagen –en que predominan las tonalidades frías del gris y del verde propias de los uniformes militares– insinúan la presencia de los cuatro miembros de la Junta militar y el opresivo universo que han creado.

evolución del espacio rural y el urbano santiaguino, la atmósfera impregnada por el miedo y el silencio, la carga ideológica de cada voz, los medios sociales en que se desenvuelven los personajes, constituyen igualmente referentes de la realidad chilena. No obstante sólo dos formas de la referencialidad nos van a ocupar en este estudio: la datación de los acontecimientos y la significación de los nombres propios de los personajes.

Una novela profusamente fechada

Con la voluntad de afirmar el carácter referencial de su obra Roberto Bolaño fecha cuidadosamente su texto. Desde la apertura hasta las últimas páginas de la novela, el autor data su obra a través de la información que se encuentra explícita en el discurso del narrador u oculta tras los acontecimientos que el lector avisado puede reconocer en relación con la historia general de Chile¹.

Este afán de precisar acontecimientos y fechas de la historia nacional no es, sin embargo, constante, porque Bolaño intercala historias secundarias que conciernen al país sólo por alusión. Así la historia de Salvador Reyes, Ernst Jünger y el pintor guatemalteco transcurre en París durante los años de la Segunda Guerra. La del zapatero vienés y el monumento a los héroes se desarrolla dentro de un amplio abanico temporal, desde la época del Imperio Austro-húngaro al término de la Segunda Guerra Mundial. Las biografías de los Papas, evocadas en desorden temporal, desde la Edad Media al temprano Renacimiento.

Las historias de Salvador Reyes, la del zapatero vienés y las de los Papas irrumpen en el texto después del viaje de Sebastián Urrutia al fundo de Farewell. Este viaje es un referente socio-cultural que permite al autor entregar un retrato de la situación del campo chileno en la “década de los cincuenta”, antes de las transformaciones del mundo rural realizadas por los gobiernos de Eduardo Frei Montalva, de Salvador Allende y la dictadura militar. La referencialidad al universo histórico chileno se reanuda con el tema de la crisis creativa de Sebastián Urrutia que se desarrolla espacialmente en Santiago y sus barrios que aparecen significados socialmente. Finalmente, el viaje a Europa, para cumplir la misión encargada por los señores Oido y Odeim, parece alejar la narración del espacio nacional. Pero, en realidad alude a la lucha interna de la Iglesia católica en Chile entre conservadores y progresistas

Cuando el personaje-narrador regresa a Chile, luego de su viaje por Europa, el Presidente Frei Montalva está terminando su gestión. El narrador constata, a fines de los años 1960, que “la situación en la patria no era buena” e insiste en que “en Chile las cosas no iban bien”, para

1. Bolaño establece claramente los límites del tiempo ficcionalizado en relación al acontecer nacional. El personaje central afirma al comienzo de la obra “estábamos a finales de la década del cincuenta” (p. 22). Hacia el término de la novela, una breve frase fija el cierre del tiempo narrado, a través del cambio de tiempo verbal y de una seca constatación sobre la elección a la Presidencia de la República de Ricardo Lagos en el 2000: “Hoy gobierna un socialista” (p. 121).

reiterar, por tercera vez, “la patria no iba bien” (p. 95-96). La mentalidad conservadora del narrador percibe, entonces, negativamente los efectos de la “chilenización” del cobre, la sindicalización campesina, las reformas agraria, fiscal y educacional del gobierno demócratacristiano.

A partir de allí, se propone una apretada acumulación de referentes históricos, perfectamente fechables. Estos se dan entre dos acontecimientos mayores que tienen el valor de hitos, el 4 del septiembre de 1970: “vinieron las elecciones y ganó Allende” (p. 96) y el 24 o 25 de septiembre de 1973, “una noche me enteré que había muerto Neruda” (p. 99). Tal referencialidad a los tres años de gobierno de Salvador Allende mezcla dos planos. Primero, el de los textos clásicos de historiadores y filósofos de la antigüedad que reflexionan sobre el acontecer de su propia época y el de los hechos brutos sobre la historia chilena, entregados éstos sin ningún comentario –pero con una fuerte carga ideológica– en un par de páginas (p. 97-98).

Así, luego de la elección de Salvador Allende, se desencadenan los acontecimientos del año 1970. El ritmo del texto se acelera. Los hechos se precipitan y los referentes históricos, los datos estadísticos y lo trivial se acumulan enlazados por una simple conjunción copulativa *y*. El narrador ficticio entrega así su relación en una cronología casi siempre ordenada que se abre 42 días después de la elección presidencial, antes de que S. Allende asuma el poder. “Y luego mataron a un general de ejército favorable a Allende”. Escueta relación al atentado del 22 de octubre y la muerte del general en jefe del ejército, René Schneider, el 24 de ese mes de 1970. Atentado que perpetran los miembros de un grupo de extrema derecha, armados por el gobierno norteamericano. Asesinato destinado a provocar un golpe de Estado que impidiera la llegada del candidato electo a la Presidencia de la República. A continuación se agrega, que el 12 de noviembre de 1970 “Chile restableció relaciones diplomáticas con Cuba”. Decisión de enorme importancia en el marco de la Guerra Fría porque rompe el bloqueo diplomático de la isla que los Estados Unidos mantienen desde 1962. En seguida el narrador entrega un dato totalmente anti-literario “y el censo nacional registró un total de 8.884.768 chilenos¹”. Finalmente, se introduce la trivialidad de lo cotidiano, “y por la televisión empezaron a transmitir la telenovela *El derecho de nacer*”. Dato ligero, pero que tiene una resonancia vivencial entre aquellos que estuvieron en el país en esa época.

Esta mezcla de lo trascendental, lo irónico, lo trágico y lo mediocre es válida también para lo que ocurre en el país al año siguiente. “Y el gobierno nacionalizó el cobre y luego el salitre y el hierro”; en efecto, el 15 de julio de 1971, con el apoyo de una aplastante mayoría parlamentaria el país recupera el cobre, su principal riqueza minera hasta entonces controlado por compañías extranjeras. Sin transición se pasa al plano de lo literario con la referencia a dos poetas: “y Pablo Neruda recibió el Premio Nobel” [el 21 de octubre de 1971]; “y [Humberto] Díaz Casanueva el Premio Nacional de Literatura” de ese mismo año. Se

1. En realidad la cifra que arroja tal censo es de 9.717.000 habitantes.

agrega, luego, una observación burlona según la cual “Fidel Castro visitó el país [entre el 10 de noviembre y el 4 de diciembre de 1971] y muchos creyeron que se iba a quedar a vivir acá para siempre”; para introducir, inmediatamente después, “y mataron al ex ministro de la Democracia Cristiana [Edmundo] Pérez Zujovic” el 8 de julio de 1971. Trágico atentado realizado por un manipulado grupúsculo de extrema izquierda. Atentado que estaba destinado a desestabilizar al gobierno de Allende, quitándole así el apoyo de la Democracia Cristiana. En contraste con las menciones a Neruda y Díaz Casanueva se informa que, en 1971, Enrique “Lafourcade publicó *Palomita blanca*”. Información que es reducida a su exacta dimensión valórica con la introducción del propio personaje-narrador en medio de la historia colectiva “y yo le hice una buena crítica, casi una glosa triunfal, aunque en el fondo sabía que era una novelita que no valía nada”. Se cierra la referencialidad de ese año 1971 con “y se organizó la primera marcha de las cacerolas en contra de Allende” Afirmación que da cuenta de la manifestación de las mujeres de los barrios acomodados de Santiago contra el gobierno de la Unidad Popular, en diciembre de 1971.

En seguida, el narrador focaliza su atención en los acontecimientos de fondo que caracterizan el año 1972. Año marcado por los efectos del bloqueo económico norteamericano, y la destructora acción de la extrema derecha. “Y en Chile hubo escasez e inflación y mercado negro y largas colas para conseguir comida”. Luego, quien narra, mezcla, significativamente, un destino individual con la historia colectiva en la radical transformación del arcaico campo chileno: “y la reforma agraria expropió el fundo de Farewell y muchos otros fundos”. Para pasar del espacio local “y se creó la Secretaría Nacional de la Mujer”, en septiembre de 1972, al internacional: “y Allende visitó México”, el 4 de diciembre de 1972, “y la Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York”, en abril de 1972. Desplazamientos cuyo objeto es denunciar ante el mundo entero la agresión que sufre el país. El narrador concluye su relación sobre ese año con una breve constatación que confirma lo anterior: “y hubo atentados”.

Finalmente, irrumpen en esta enumeración los referentes cada vez más dramáticos del año 1973. El tono de la enunciación es aparentemente distante y frío. Tono que contrasta con el carácter trágico de los hechos aludidos. Se crea así un crescendo insostenible que anuncia el término de la experiencia política socialista chilena. “Y hubo huelgas”, afirmación que refiere a la huelga de los mineros del cobre (de tendencia mayoritariamente democristiana), de la mina de El Teniente que se desarrolla del 17 de abril al 2 de julio de 1973. Pero, también remite al paro iniciado el 26 de julio de 1973 por los empresarios del transporte, huelga financiada ampliamente por el gobierno de los Estados Unidos. Luego, sin transición, se evoca el abortado “Tancazo” del 29 de junio de 1973: “y un coronel [Roberto Souper] de un regimiento blindado intentó dar un golpe”. Para focalizar los efectos de la violencia en el camarógrafo argentino Leonardo Henrichsen, que ese 29 de junio de 1973, “murió filmando su propia muerte”. Tragedia de un actor secundario que es recentrada a nivel nacional con: “y luego mataron al edecán naval de

Allende", referencia a Arturo Araya asesinado el 27 de julio de 1973. De allí se propone una ampliación al polarizado y tenso espacio político nacional: "y hubo disturbios, malas palabras, los chilenos blasfemaron, pintaron las paredes". Espacio de la acción política que culmina, el 4 de septiembre de 1973, con "casi medio millón de personas desfiló en una gran marcha de apoyo a Allende". Se pasa, siete días más tarde, a otro terreno. De la violencia simbólica de las voces, de los escritos, de las manifestaciones multitudinarias se llega a la violencia pura: "y después vino el golpe de Estado, el levantamiento, el pronunciamiento militar". Ese mismo día nueva focalización en un acto que materializa la acción de guerra: "y bombardearon La Moneda", para darle, finalmente, una dimensión humana: "y cuando terminó el bombardeo el presidente se suicidó". La referencialidad forma así un todo compacto en que, al principio, lo esencial y lo accidental se intercalan sin jerarquización para llegar a una aceleración de lo narrado, un crescendo que culmina en ese trágico 11 de septiembre de 1973.

Esta apretada síntesis de acontecimientos históricos cuidadosamente datados se interrumpe para abrir paso a un "yo me quedé quieto", "y pensé: qué paz [...] qué silencio". Expresiones que definen la percepción de los hechos por parte de un narrador que adhiere al nuevo régimen. Sin embargo, agrega: "Una noche me enteré de que había muerto Neruda". ¿la noche del 24 o del 25 de septiembre de 1973? La noticia llega, pues, en medio de la nocturnidad que anuncia ya el "apagón cultural"¹ que se inicia con la muerte del poeta. "Al día siguiente fuimos al cementerio", es decir, el 26 de septiembre de 1973. Acto que el narrador sume en lo anecdótico despojándolo de su significación histórica, puesto que en realidad se trata de la primera manifestación pública de una izquierda, todavía estupefacta, frente a la violencia del golpe de Estado.

Una ficción con nombres claves

Afirmando la referencialidad de esta obra, las claves de la historia están dadas a través de algunos nombres propios de personas reales. Algunos son de dominio público más allá del ámbito chileno. Pero otros, son reconocibles, en una primera aproximación al texto, sólo por lectores que han vivido de cerca la historia del país. En este caso se encuentran los del espacio político tales como: los del conservador, Presidente de la República, entre 1958 y 1964, Jorge Alessandri (p. 116); Eduardo Frei Montalva, el reformista socialcristiano que ejerció la presidencia de la República entre 1964 y 1970 (p. 116) y su ministro del interior Edmundo Pérez Zujovic (p. 97); el presidente marxista Salvador Allende (p. 96) elegido en 1970, derrocado en septiembre de 1973 (p. 105). También están allí los nombres del dictador Augusto Pinochet y los miembros de la Junta de Gobierno: el general de la Fuerza Aérea Gustavo Leigh, el

1. El "apagón cultural" sintagma fijo que refiere al vacío intelectual que crea el golpe de Estado como efecto de la persecución, encarcelamiento, deportación y exilio masivo de intelectuales, artistas y creadores. Noche cultural que está ya anunciada por el título de la obra, *Nocturno de Chile*.

almirante Toribio Merino y el general de carabineros César Mendoza (p. 105). Por su parte, en otro terreno, la chilena Marta Harnecker (p. 108) es evocada por los miembros de la Junta de Gobierno en su conversación con el sacerdote que les hace el curso sobre marxismo¹. La misma función designativa tienen los conocidos nombres propios del espacio literario nacional como, por ejemplo Pablo Neruda, Enrique Lihn, Nicanor Parra, José Donoso, Manuel Rojas, Salvador Reyes, etc.

Los nombres en clave

En cambio, la función referencial de los nombres en clave de algunos personajes es un elemento esencial de esta ficción que remite a la más dura realidad vivida por los intelectuales chilenos en la época de la dictadura. La opción de utilizar nombres en clave revela un rasgo del lector ideal al cual se dirige Bolaño. Tal lector participa en la “autenticación” del contenido de la narración a través del reconocimiento de la disfrazada referencialidad propuesta por el autor.

Así el protagonista y narrador único, Sebastián Urrutia Lacroix, sugiere de manera bastante obvia al lector que conoce el espacio literario chileno la figura del sacerdote, crítico y poeta José Miguel Ibáñez Langlois. Hay una neta correspondencia, entre las referencias temporales, dadas por el ficticio narrador sobre sí mismo, y las fechas efectivas que conciernen al segundo. El imaginario Urrutia Lacroix, va al fondo de Farewell “poco antes o poco después, es decir días antes de ser ordenado sacerdote [...] a finales de la década del cincuenta” (p. 13) para, luego, integrarse como profesor en la Universidad Católica y publicar sus primeras críticas en los años 1960 (p. 36). Por su parte, Ibáñez Langlois es ordenado sacerdote en 1960, comienza a hacer crítica literaria en *El Mercurio* dominical en la segunda mitad de los años 60, cuando ya es profesor en la Universidad Católica de Santiago.

El Urrutia Lacroix, creado por Bolaño, utiliza un seudónimo como crítico literario –*H. Ibacache*– y publica sus poemas con su propio nombre. Por su parte, Ibáñez Langlois como crítico es *Ignacio Valente* y publica su obra poética bajo su nombre propio. Tal como el personaje de la ficción Ibáñez Langlois, ejerció, hegemónicamente, en la época del gobierno militar, lo que se llamó la “dictadura crítica²” a través de las crónicas publicadas dominicalmente en la Revista de Libros del diario *El Mercurio* de Santiago. Cotidiano que fue, en alguna medida, el vocero oficial de la Junta militar y de un cierto *stablishment* que representaba los intereses de la clase dominante y su alianza con los Estados Unidos. Muchos consideran que “*Valente* fue el crítico único”, en este siniestro período³.

-
1. Esta es la conocida autora de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, obra de divulgación, editada en México, con una presentación de Louis Althusser. Este libro tuvo una amplia difusión en los medios de izquierda en Chile y en América Latina.
 2. Ver declaraciones de Ibáñez Langlois en “Memorial de un crítico”, en *El Mercurio*, Revista de Libros, Santiago, 5 de marzo 2004, p. 6.
 3. Ver “Ignacio Valente: ‘¡Ojalá que aparezcan en Chile diez críticos de primera!’”, en *El Mercurio*, Revista de Libros, Santiago, 7 de junio 1992, p. 5.

Tal como Ibáñez Langlois, que fue el primer sacerdote chileno que se integra al Opus Dei en Chile –el personaje bolañiano dice con ligereza: “nunca lo he ocultado” (p. 70)–, él es enviado, por los señores Odeim y Oido, a realizar un viaje por Europa, viaje que culmina en Roma. El bolañesco Sebastián Urrutia va a estudiar el uso de los halcones amaestrados para defender, en Chile, los edificios de la Iglesia de los deterioros que les causan las palomas. Ibáñez Langlois es también enviado a Roma, en 1986, para incorporarse a la Comisión Teológica Internacional presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Por ello es que, Sebastián Urrutia es un personaje referencial en otro plano. El constituye una síntesis brillante de la problemática de la Iglesia católica que, en la época, se encuentra fracturada entre los representantes de una Iglesia conservadora (halcones) y aquellos que promueven una Iglesia progresista (palomas). La alegoría de los halcones y las palomas sirve, pues, para ilustrar esta temática. Tal lucha, se da entre el cardenal J. Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y los defensores de la Teología de la Liberación. Es por ello que Sebastián Urrutia es enviado a Europa a estudiar la manera de destruir a las “palomas” que deterioran la Iglesia en Chile y, es por eso que, en sueños, encuentra a los principales “cetreros”, al “Papa [Juan Pablo II] con un teólogo alemán [J. Ratzinger] hablando tranquilamente en una de las habitaciones del Vaticano” (p. 95).

Por otra parte, Bolaño prolonga sus claves a través de *Farewell*, personaje que recuerda a *Alone*, crítico literario cuyo nombre civil era Hernán Díaz Arrieta nacido en 1891. Este ejerce, desde 1939, la crítica literaria en *El Mercurio*. Así coincide la afirmación del narrador, que lo define desde el comienzo como “nuestro crítico” literario (p. 18) y, que, en 1970, “debía de rondar los ochenta años” (p. 96). La riqueza de la caracterización de *Farewell*, entregada a través de su universo social y su integración en el espacio literario, hace de él un personaje completo y en pleno proceso de evolución a través de toda la obra. Así es caracterizado por su seudónimo *Farewell* y su verdadero/ficticio apellido, González Lamarca (p. 18), sus calidades o falta de calidades morales, su sexualidad, su cultura, sus medios de existencia, su casa, su fundo, sus bibliotecas, su club, sus amistades, etc.

Por otra parte, la escritora que mantiene un salón literario durante la época de la dictadura, María Canales, es también otro nombre en clave. Descrita por el narrador principal como joven, “buena moza” (p. 125), madre de dos niños, casada con Jimmy Thompson. Hace pensar, sin ninguna duda, en Mariana Callejas, autora de narraciones publicadas en los años 1980, cuando participa en el taller literario de Enrique Lafourcade.

Roberto Bolaño atribuye también a su marido un nombre en clave, James Thompson a quien el narrador y sus amigos llaman afectuosamente, Jimmy. Este sugiere evidentemente la imagen del agente norteamericano que operó en Chile desde 1973, Michael Vernon Townley. El personaje ficticio es un estadounidense que se presenta como “representante o ejecutivo de una empresa de su país...” (p. 126). Sin

embargo, algún tiempo después se sabe que “Jimmy Thompson había sido uno de los principales agentes de la DINA” (p. 141). Es decir, de la Dirección Nacional de Inteligencia, la policía política de la dictadura. Por eso Jimmy, tal como Townley, “usaba su casa como centro de interrogatorios” (141). El narrador, marcando la asimilación del vocabulario militar afirma que los “subversivos [...] pasaban por sótanos de Jimmy” (141) y, minimizando responsabilidades, dice que en aquellos sótanos “sólo se interrogaba, aunque algunos murieron...” (p. 141).

Por otra parte, la referencialidad del personaje se afirma porque, Thompson –en la realidad Townley– “había viajado a Washington y había matado a un antiguo ministro de Allende [Orlando Letelier, ex ministro de Relaciones Exteriores] y de paso a una norteamericana [Ronnie Moffit]” (p. 141). Asesinato ocurrido, efectivamente, el 21 de septiembre de 1976 con la complicidad de cubanos anticastristas. Las similitudes entre Townley y Thompson prosiguen porque éste “había preparado atentados en Argentina contra exiliados chilenos” (p. 141). Se trata, en efecto, del general constitucionalista Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert, asesinados por Townley y Callejas, el 30 de septiembre de 1974, en Buenos Aires. El narrador afirma el lazo entre Townley y Thompson señalando que “incluso había participado en algún atentado en Europa” (p. 141) lo que recuerda la tentativa de asesinato en Roma, ahora en complicidad con fascistas italianos, del exiliado demócratacristiano Bernardo Leighton (ex-ministro del Interior del gobierno de Eduardo Frei), y de su esposa Anita Fresno, el 6 de octubre de 1975.

Bajo la presión del gobierno norteamericano de J. Carter, los militares chilenos expulsan del país a Michael Tonwley, el 8 de abril de 1978, entregándolo a los Estados Unidos inculpado por el asesinato de la ciudadana norteamericana R. Moffit y de O. Letelier. Por eso, el narrador agrega, “más tarde a Jimmy lo metieron preso en Estados Unidos” (p. 142). Así, el 9 de enero de 1979 se abre el proceso de Tonwley y los tres cubanos anticastristas que montaron el asesinato. En esa ocasión el bolañesco Jimmy “habló. Su declaración inculpó a varios generales de Chile”. En efecto, Tonwley culpó al responsable de las operaciones de la DINA, al general Manuel Contreras. A Jimmy “lo sacaron de la cárcel y lo pusieron en un programa de protección especial de testigos” (142), como a Tonwley que obtuvo el beneficio de una pena de sólo 30 meses, luego cambió de identidad y es, actualmente, protegido por las autoridades norteamericanas. En cambio, dos de los cómplices cubanos fueron condenados a perpetua y, el tercero a 8 años de prisión.

Algunas páginas más lejos, el narrador confirma la referencialidad de Thompson/Townley. Allí la voz narrativa dice, “Aquí mató un empleado de Jimmy al funcionario español de la UNESCO” (p. 146). Se alude a Carmelo Soria, ciudadano español que tenía rango diplomático. Este